

so en el ejército como soldado raso (cap. II), que da inicio al relato autobiográfico con el conocido pasaje de la negativa de su padre para que su hijo se incorporara como capitán –gesto que el autor recuerda y agradece siempre–, pues si no había aprendido a obedecer, era imposible que supiese bien mandar.

Aunque Pineda y Bascuñán no idealiza literariamente a los mapuches, justifica y admira como Ercilla u Ovalle su entereza, su valentía y, por sobre todo, su amor a la libertad, dejando uno de los testimonios más sugestivos de la vida de este pueblo durante el siglo XVII. Inserto entre los mapuches, va poco a poco comprendiendo e incluso asumiendo algunas de sus costumbres y hábitos, o bien desde una perspectiva temporal distinta procura comprender algunas de sus razones.

Pudor y erotismo: «tentado y perseguido del común adversario»

Las profundas relaciones que Pineda y Bascuñán establece con múltiples jóvenes y ancianos mapuches y su comprensión de las costumbres choca cuando debe abordar el inevitable proceso de contacto con muchachas de este pueblo. El narrador en su afán por afirmar su condición de *vir bonus* apela, aunque con dificultad, a su moral religiosa para sortear las dificultades que la sexualidad femenina mapuche le ofrece. Su primera sorpresa está dada por la libertad sexual de que gozaban las mapuches solteras. Refiere que por ser éstas libres podían disponer de la elección de sus eventuales parejas. Rigurosos frente a la mujer con esposo, los mapuches no dejan de sorprender a Pichi Álvaro (Pequeño Álvaro) cada vez que le ofrecen muchachas, incluso hijas de sus propios anfitriones. En muchos casos debe apelar a retorcidas razones para superar el sentimiento de ofensa de los mapuches ante sus reiteradas negativas. El narrador evidencia su conflicto. Admite su atracción, pero se niega a confesar renuncio alguno.

El primer bochorno lo sufre durante una fiesta organizada por Ancanamón, cuando se le acercan dos mozas, una a él y otra al cacique. Ante sus vacilaciones, Ancanamón le explica «...bien puedes no rece-larte, porque esta moza no tiene marido que la mire y es dueña de su voluntad, sin que haya persona que se la impida ni coarte: quédate con ella, que yo me voy a despachar a esta otra su camarada y luego vuelvo.» (cap. XIV, p. 137). Sus dificultades, lejos de disminuir aumentan a medida que transcurre el tiempo. En el Discurso segundo se narra

uno de los pasajes más pintorescos y cuyo asunto sirvió, como el mismo explica, de base para una obra teatral estrenada en Lima. Para protegerlo de los mapuches que querían matarlo, Maulicán lo oculta en la floresta. La hija de Maulicán le lleva alimentos y lo cuida, pero él invariablemente la rechaza. Años más tarde la muchacha cae cautiva de los españoles y el propio Pineda la compra para llevarla a casa y protegerla por propia petición de la muchacha, la que, según refiere, murió poco tiempo después de ser bautizada. El autor no niega el suceso, pero cuestiona las interpretaciones que ha tenido posteriormente de parte de los escritores de la mencionada obra: «He significado este amoroso subceso con todas circunstancias, por haber sido los informes que hicieron en el Perú a quien hizo una comedia de las cosas de Chile, muy a la contra del hecho; porque representó estos amores muy a lo poético, estrechando los afectos a lo que las obras no se demandaron» (cap. XVII, p. 149).

Nuevamente en el *Discurso tercero*, cap. III, rechaza a una moza que llega hasta su lecho, durante una fiesta, «haciéndose más borracha de lo que estaba» y que le fuera ofrecida por el propio cacique quien le recuerda no sólo que la muchacha es libre, sino también que los propios españoles tenían estas costumbres durante sus fiestas. La ocasión le sirve al autor para reflexionar sobre los efectos que provocan las fiestas desmedidas, tanto entre mapuches como españoles. Este parece ser el recurso central de esta serie sobre las costumbres sexuales. El afán por acreditar su condición ante los lectores le lleva a privilegiar siempre la perspectiva moral por sobre la erótica o sentimental. Las diferencias en los hábitos morales, sexuales y religiosos son los argumentos más socorridos para justificar su rechazo, pero por sobre todo sobresale su deseo de mostrarse como un sujeto íntegro y probo. Uno de los pasajes que parece haberle afectado más sentimentalmente es el ocurrido durante su estancia con el cacique Quilalebo (*Discurso tercero*, cap. XXXI-XXXII), quien le ofrece como esposa a su hija mestiza durante una fiesta:

Jamás me vi tan atribulado, ni más perseguido del demonio que en esta ocasión forzosa e inexcusable, porque aplaudido de los caciques, y solicitado con amor y voluntad a sensuales apetitos; que si en otras ocasiones me pusieran en semejantes empeños, no con tantos aprietos ni demostraciones tan afectuosas como las de Quilalebo, padre y dueño de las acciones de su hija (p. 289).

La inquietud del protagonista aumenta cuando ve desnuda a la muchacha bañándose por la mañana, junto a las demás en un estero:

«Confieso a Dios mi culpa, y al lector aseguro como humano, que no me vi jamás con mayor aprieto tentado y perseguido del común adversario; porque aunque quise de aquel venéreo objeto apartar la vista, no pude...» (cap. XXIV, p. 296). La inquietud del protagonista es, sin embargo, mayor en la medida en que es capaz de advertir con minucioso detalle la belleza de la muchacha:

Contemplemos un rato la tentación tan fuerte que en semejante lance el espíritu maligno me puso por delante: a una mujer desnuda, blanca y limpia, con unos ojos negros y espaciosos, las pestañas largas, cejas en arco... y otras particulares circunstancias, que fueron suficientes por entonces para arrastrarme los sentidos y el espíritu... (p. 296).

La actitud de Pineda y Bascuñán ha dado lugar a múltiples interpretaciones. Desde un latente homosexualismo hasta una manifiesta misoginia. El silenciamiento permanente del desenlace de estos sucesos ha llevado a suponer que en verdad «sucumbe» a las tentaciones de las mozas mapuches y que su moralidad cristiana le impide confesar la verdad (Triviños 2000: 81-100). Los conflictos interculturales encuentran aquí la mejor expresión en el relato del cautiverio. Pese a todo parte de la felicidad del cautiverio surge de estos sorprendentes para él hábitos sexuales.

Biografía, política y moral: «lo que me ha movido a cogerla pluma en la mano...»

El *Cautiverio feliz...* articula diversos momentos temporales: el pasado constituye la materia narrativa básica sobre la base de la organización de un discurso memorialístico mediante el cual el narrador da cuenta de su cautiverio apenas cumplido los veinte años en manos de los Mapuches. La narración del pasado se va articulando sin que obedezca necesariamente a un orden cronológico con sucesos más recientes, cercanos al momento de la narración por medio de los cuales el narrador nos da a conocer su posición frente a diversos sucesos históricos del reino de Chile, en particular ciertos alzamientos mapuches y las consecuencias desastrosas de los gobiernos encabezados por políticos peninsulares irresponsables. Estos dos momentos temporales están siempre enlazados por la perspectiva de un narrador viejo que evalúa, concluye y profetiza sobre las consecuencias que estos hechos han

tenido en el país. De esta manera la dimensión testimonial se articula fuertemente con la ideológica. Historiografía de «lo visto y lo vivido», testimonio «de escucha» preferentemente de ancianos mapuches que van provocando progresivamente un cambio en el horizonte del narrador. Paso de la ignorancia al conocimiento. Objeto de un proceso de persuasión que en el momento de la escritura pretende transmitir a sus eventuales lectores. La historiografía de lo visto y lo vivido da lugar, por cierto, al tópico de lo nunca antes dicho. Poseedor de una verdad se siente en la obligación de transmitirla por razones políticas y morales que tienen que ver, desde su perspectiva, con el amor a la patria, al rey y la verdad, puesto que es conciente de que los escritos que circulan sobre el tema son falsos, al estar motivados por la adulación y el afán de beneficio personal:

Solo sí podré decir y dar a entender lo que me ha movido a cojer la pluma en la mano y escribir algunos sucesos de este reino con verdaderas experiencias (aunque con humilde y llano estilo): el haber reconocido algunos escritos y obras de historia que han salido a la luz y estan para salir, de algunos acacimientos de esta guerra de Chile, tan ajenos de la verdad como llevados de la adulación los más, y otros del propio interés y del que han adquirido por sus letras... (Dis. I, cap. I, p.2)

Su visión ética le permite advertir la importancia del rol de escritor y los riesgos políticos, sociales y morales que acarrea el ser ajeno a la verdad; por lo tanto, el «criterio de verdad» para el historiador debe estar basado en la adecuación a lo real y al ceñimiento a normas morales básicas que deben ser cumplidas por necesidad del bien común.

El capítulo I opera como «exordio» y, por consiguiente, cumple una función metatextual, que otorga el marco ideológico específico dentro del cual debe ser leído el texto. Es allí, pues, donde encontraremos su concepción del quehacer historiográfico y de sus necesarias condiciones de codificación y recepción. Resulta interesante advertir en este plano la necesidad de los historiadores de Indias de precisar el campo o la formación discursiva en que se mueven. Sabedores de que existe una distancia geográfica y cultural entre el momento de la producción y el momento de la recepción de la obra, redoblan esfuerzos para provocar una adecuada decodificación de sus textos. De ahí la abundancia de referencias culturales que les permiten acreditar su condición de criollos cultos; de ahí la abundancia de referencias bíblicas que les permiten acreditar su condición de hombres probos; de ahí la abundancia